

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID	
	Pesetas
Mes.....	3 50
Trimestre.....	5
Semestre.....	10
Año.....	10
PROVINCIAS	
Tres meses.....	8
Semestre.....	5,50
Año.....	10
Entranjero y Ultramar.....	8 peno.
CORRESPONSALES	
En números de EL MOTÍN.....	2,50
NÚMERO DE EL MOTÍN	
	15 céntimos.

El Motín

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán al pedido no acompañado su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

CENTROS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, Galería Literaria calle del Obispo, 25.

NÚMERO ATRASADO

15 céntimos.

ESPEREMOS ESPEREMOS

Sr. D. Damián Martínez

Valladolid.

Muy señor mío y querido correligionario: Dispénsame usted el que no inserto en EL MOTÍN la copia del documento que ha pasado á la junta directiva de la Unión republicana. Podría ser denunciado, y tendría poquísima gracia el que se viese usted envuelto en un proceso por decir unas cuantas verdades á correligionarios que gustan poco de oirlas.

También ha de dispensarme el que no comente lo que usted dice, por la promesa que me he hecho de no escribir nada que pueda servir de disculpa á los jefes ó á los partidos en el caso de no realizarse lo que todos esperamos antes de que termine Octubre.

Si lo hacen ¡jalál! reconoceré lealmente que me he equivocado al suponer á los jefes incapaces de acto tan patriótico; si no, les diré algo que no han oído aún.

Pero sí quiero hacer constar, que estoy conforme con lo que usted dice á la Junta, de que los momentos actuales son los más á propósito para la consecución de nuestros deseos; que de no aprovecharlos, alcanzará gran responsabilidad personal ó colectiva á hombres y partidos; que á los jefes, por la posición que ocupan, no llegan las miserias y las angustias del pueblo, y que las jefaturas se dan para algo y que obligan á mucho.

También estoy conforme con lo de que será ciego ó miope el que no vea el descontento general, y sordo el que no oiga las voces que pregonan el deseo en todas las clases de un cambio radical; que vale más morir de una vez que vivir muriendo; que el temor á lo que el pueblo puede hacer el día de la revolución es pueril, pues siempre resultará menos anárquico que lo que los gobiernos monárquicos vienen haciendo.

Estoy asimismo conforme con lo de que, retirada la minoría del Congreso, se impone doblemente á sus individuos el deber de hacer el último esfuerzo; que hoy las poblaciones responderían, por que se trata de la cuestión económica, y acaso no lo hagan mañana por la cuestión política; que en estos momentos convendría lanzar un manifiesto á la nación demostrándole lo que puede y debe esperar de la República, para que los de arriba, los de en medio y los de abajo sepan á qué atenerse, y la apoyen ó la combatan; y por último, que si en un plazo brevísimo no diéramos pruebas de virilidad, se impondría la necesidad de retirarnos á nuestras casas á llorar los males que no sabemos ó no queremos remediar.

Sí; con todo eso que usted dice, estoy conforme; mas no quiero sacar las deducciones á que se presta, hasta que lo avanzado de la estación haga perder toda esperanza de que se remedien los males de la patria con la organización actual del partido republicano y los hombres que á su frente están.

Más diría, no sólo para contestar á usted, sino á los muchos que me interrogan y me animan á reanudar mi campaña; pero me lo veda la palabra que me he dado de callar hasta que pase el último plazo fijado por ciertas gentes para la realización de lo que todos los republicanos anhelamos y la patria reclama.

De usted affmo. amigo y correligionario,

JOSÉ NAKENS.

LA VIRTUD DE LA OBEDIENCIA

IX

Puesto que hemos tenido la feliz idea de ver de qué manera comen frailes y curas, bien podemos asistir á la sobremesa y quizá oigamos algo que nos interese.

—Como te decía, mal estamos aquí, Ruperta; pero mira que salir ahora del pueblo, á los dos años de residencia, sin haber ahorrado un cuarto y con lo caro que salen estos traslados de casa... te aseguro que nos parten.

—¿Por qué no se lo has hecho presente al obispo? Quizá se habría compadecido.

—Sí, compadecer; ni siquiera he podido verle. El secretario me comunicó la orden, sin darme otras razones, pero insinuando la amenaza de siempre. Un viaje á la ciudad para oír esto! Y que se traslade usted enseguida, que ya está dispuesto el sucesor.

—Escribe al obispo...

—Sería peor. No hay más recurso que ir allá ó perecer. Ya ves, aquí ya nos conocían. Ahora vuelte á empezar.

—Tienes razón. ¡Malditas boatas! porque ellas han sido; las del veterinario...

—No, mujer; el tiro viene de más arriba. Salimos echados por la mano oculta que lanzó de aquí al pobre D. Juan, mi antecesor.

—Pero, tú ¿qué has hecho á nadie?

—No gustar, hija; ó ¿quién sabe? estorbar, pero no á esas necias ni al alcalde. En fin, inútil es hablar; no queda más que obedecer por obligación de conciencia, pues para eso se ha ordenado uno, y por necesidad.

—Y el dinero para irnos ¿te lo dará el Obispo?

—¡Bastante se cuida él de eso! Tendremos que empeñarnos... pero hay que obedecer.

Volvamos ahora al convento.

Cuatro frailes, uno de ellos de mediana edad, jóvenes relativamente los otros, están arrellenados en sendos sillones de baqueta y fumando aromáticos puros al rededor de la mesa de nogal en que humean las tazas de café.

Lo que hablan debe serles de mucho interés á juzgar por los ademanes y la expresión de las caras. La actitud de los santos varones tiene muy poco de apostólica; parecen más bien estudiantes calaveras que religiosos. Se han quitado las caretas.

—Me resigno—dice uno de los jóvenes, que tiene cara de listo y de atrevido ó inquieto—porque sé que obedeciendo lo reventaré mejor en su día, que si no...

—¡Haces bien—insinúa el viejo—no podías darle mejor gusto que resistir; así te trituraba en un dos por tres.

—Déjale. Ahora me voy á donde el Provincial ha dicho; no chisto, no le descubro la intriga del guardián nuestro enemigo, pero descuida, que á mí el que me la hace me la paga ¡ya lo creo! Bien lo sabe él, pues juntos hicimos la guerra en las Provincias. De aquí á las elecciones yo prepararé el terreno, y cuando lleguen nos veremos las caras; y no solamente él, sino el Provincial y algún otro. ¡A mí con santa obediencia cuando sé!...

—Lo que me extraña es que ahora que más falta hacías aquí para predicar...—dice otro joven.

—¡Qué tonto eres! Pues cabalmente por eso, hombre, por eso. ¿No ves que todo el pueblo y los alrededores me contemplan? Y sobre todo... (aquí

baja la voz el obediente franciscano, los compañeros se le aproximan y con cierto misterio continúan): sobre todo la Marquesa de Arroyo Turbio, esa gran propietaria de estos pueblos y devota suya;—digo, nuestra... ya sabéis que me ha hecho algunas distinciones; pues ya no es necesario más: el que sea bien visto en esa casa estorbará al guardián.

—Algo, algo—dice maliciosamente el viejo.

—No, pues conmigo se ha caído ¡ca... nastos!—y aquí da un puñetazo en la mesa,)—mientras yo viva, que no esté tranquilo. Ahora voy casi ascendiendo; mañana él no será guardián y... arrieros semos. En fin, caballeros, esta es la última reunión por ahora; mañana salgo de aquí á las siete...

—Y á propósito—interrumpe otro de los jóvenes—he sabido que mañana sale por fin el cura.

—¡Ya era hora!—exclamaron los otros,—bien nos ha hecho trabajar. ¡Un hombre que ha dicho en el púlpito que hay milagros falsos en las crónicas de las órdenes y en nuestros libros de ejemplos!...

—Sí, y que no ha querido nunca hacer ejercicios espirituales aquí.

—Ni le gustaba que confesáramos y predicáramos en su iglesia, y decía que cada uno en su casa, pues él no podía confesar en la nuestra.

—¡Y todavía el obispo no quería echarlo!

—¿Eso más? ¿lo defendía?

—Con timidez, pero lo ha defendido, sí, á pretexto de que es pobre y de regular conducta, pero ha tenido que ceder.

—Claro; como que quiere ser arzobispo y comprende que la orden es poderosa en Roma. Pero ¿quién viene al curato?

—Pues el tonto de Mendruguez, protegido del padre Calderas.

—Un zoquete así es lo que nos conviene...

Al siguiente día iban camino de la estación más próxima un coche de campo ocupado por el joven fraile y un burro en que montaba el cura (su ama quedaba en el pueblo para enviar los muebles en un carro).

Antes de partir el tren, el fraile, despedido por medio pueblo, ocupaba un departamento de primera, mientras el cura, de quien apenas hizo caso algún conocido, se metía en un coche de tercera entre labriegos y alforjas.

¡Ambos practicaban la virtud de la obediencia!

LA CARICATURA

El mitrado de Sevilla fulmina desde su silla una excomunión mayor contra cierto sotanilla llamado don Salvador.

Pero el cura no se apura, y con singular frescura busca el extraño registro de apelación al ministro, quien defiende al padre cura.

Y héteme aquí al buen prelado de enorme báculo armado, y á pesar de eso impotente contra el cura que ha buscado un padrino tan padiente.

¡Buenos tiempos se preparan! Ya hay curas que se declaran en rebelión franca, hostil contra su obispo, y se amparan en la potestad civil.

EL MOTIN



El ministro de Gracia y Justicia interponiéndose entre el arzobispo de Sevilla y un párroco de Jerez de la Frontera.

Y no es que me cause pena;
antes diré, si es preciso,
que el contento me enajena.
¡Este es el tiempo que quiso
ver el marqués de Villena!

DE GUARDIA

Parecerá que no es nada,
pero es una pejiquera,
para los pobres tenientes
esto de la guardia alterna.
¡Bienaventurado el párroco!
Ese duerme á pierna suelta,
mientras mustio y aburrido
este pobre cura vela.
¡Y qué noches! ¡Caracoles
con las nochecitas estas!
Corren unos vientecillos
que las palabras se hielan.
Ya he jugado con el sacris
el tute número treinta,
más... ¿dónde está ese maldito?
Se ha escapado á la taberna.

.....
¡Esté usted tan descansado
junto al brasero y que vengan
á hacerle salir á uno
al aire libre esos *pelmas*!
Que si uno está agonizando,
que si se encuentra una hembra
con un parto laborioso
y se teme que se muera.
A fe que no me llamaron
cuando... ¡por vida de Gestas!
¡Otros se comen la carne
y á mí los huesos me echan!
Ya he salido cinco veces
y aun no son las doce y media;
estoy harto de andar calles
y de subir escaleras.
De recitar oraciones,
de oír chismes y simplezas,
revestirme y desvestirme
cual comparsa de zarzuela.
Ahora me tumbo en el catre
y que llamen cuanto quieran,
pues quito la campanilla
y á mí nadie me... marea
Y apesar de ese letrado
que hay puesto sobre la puerta:
«Por aquí deben pedirse
los Sacramentos» etcétera
para el que venga llamando,
lo mismo que si dijera:
«Por aquí puede llamarse
á Cachano con dos tejas.»

CORNELIO PACIENTE
(Teniente de sacramentos.)

PALOS Y PEDRADAS

Ha vuelto á presentarse en las calles de Málaga el
maestro de escuela de Benagalbón, reducido á implorar
la caridad pública.

Al encontrarlo el gobernador de la provincia en la
calle de la Victoria, le mandó que se retirara de aquel
sitio.

Si el maestro le hubiese preguntado que á dónde
debía retirarse, el digno representante del gobierno hu-
biera tenido que parodiarse al heroico defensor de Gefona
diciéndole: «¡Al cementerio!»

Unico sitio á donde pueden retirarse los que ilustran
al pueblo cuando mandan los que lo arruinan.

Resultado que lamento
de una fuga por amor:
en la cárcel el raptor,
y la bella en un convento.
Mas no es rigor extremado
si prisión han merecido,
que más dura hubiera sido
si los hubieran casado.

El alcalde de Sacedón ha inventado un nuevo tributo
sobre los periódicos, haciendo que sus convecinos pa-
guen tres céntimos por cada número que les entregue el
cartero.

Gamazo de Sacedón,
éste al auténtico excede
con tan galana invención.
Admiremos lo que puede
una noble emulación.

Es tal el grado de miseria en que se hallan las clases
jornaleras de Constantina (Sevilla) que el gobernador
ha decidido visitar aquella población para precaver los re-
sultados que el hambre pueda producir.

Pues si el gobernador es fusionista de raza, supone-
mos los medios á que apelará para precaver los resulta-
dos del hambre: á los fusiles de Riotinto, aquellos que
se disparaban solos.

Presentóse la epidemia
en Baracaldo y Belchite,
la inundación en la Mancha
causó desgracias terribles.
En Vendrell, doña Mencía,
en Salamanca, en Olite,
en Montblanch y en otros puntos
hubo estos días motines.
¡La figura de Gamazo
proyecta una sombra horrible!

MANOJO DE FLORES MISTICAS

Ya les ha caído que hacer á los vecinos de Beas de
Granada y Iluetor-Santillán.

Todas las noches se les aparece en un barranco un
alma en pena.

Claro es que ellos no ven el alma, que es invisible;
pero sí una luz misteriosa, de lo cual deducen que es
el ánima de un individuo que fué asesinado allí hace
algún tiempo.

Y claro; el pobre hombre, sin duda por el grato re-
cuerdo que para él tiene aquel sitio, acude todas las
noches á fumarle allí un cigarrito.

Porque á mí no me cabe duda que las luces que ven
aquellas candorosas gentes son las cerillas que encien-
de el difunto.

¿O quién sabe si serán señales que hace al cura del
pueblo para que le diga unas misas á costa de los ve-
cinos?

Esas ánimas en pena se traen unas indirectas, que
yo entiendo.

Un fraile de Manila, que vive no lejos del arrabal de
Santa Cruz, tiene una amiga á quien visita de paizano
todas las noches.

Esto venía llamando la atención de varios vecinos ma-
lévolos, que decidieron jugarle una trastada.

En efecto, llegó una noche, empuñó la aldaba de la
puerta de su amiga para llamar, y la encontró impregna-
da de algo blando y mal oliente que menciona Samanie-
go en su fábula del escarabajo, diciendo que su nombre
se calla, aunque se sabe.

El que no se calló fué el reverendo, que empezó á dar
voces increpando á su amiga por tener el portal cerrado
á aquellas horas y profiriendo palabras atentatorias al
segundo y sexto mandamientos. Ya lo dijo el P. Claret:

Las mujeres y la noche
llevan al infierno en coche.

Que es como querrá el frailecito que le lleve el dia-
blo, para mayor comodidad.

La escena pasa en la plaza del Mercado de Valencia:
Dos *cabuyeros* presbíteros y uno seglar, que se han en-
tretenido honestamente tirando de la oreja al señor do
Jorge, salen disputando á la vía pública.

Intervienen los guardias y dan con los tres puntos en
la prevención, no sin que antes el numeroso público, que
los seguía, los obsequiase con una silba monumental.

¿Hase visto mayor irreverencia
que la del vecindario de Valencia?

No es lícito dar silbas á los curas,
aunque se jueguen hasta los tonsuras,
y aunque al perder, quemados se deslicen,
y en la pública vía escandalicen.

Malo debe andar el oficio de enra en la República do-
minicana.

Uno de Macoris del Este dejó la sotana colgada en el
mismo altar en que oficiaba, y se retiró á la vida ho-
nesta, diciendo ¡ahí queda eso!

Otro, el de los Llanos, el reverendo padre Sánchez,
está preso por haber intentado suicidarse disparándose
un tiro.

Conste que en aquella república se paga á los curas
puntualmente; conque sino los pagaran, unos por que
largaban los arreos y otros por que se suicidaban para
descansar de sus fatigas sacerdotales, no quedaba uno
para un remedio.

Y emigraríamos todos á Santo Domingo.

Bautridge-Irlanda. (Telegrama urgente
transmitido en carreta expresamente.)

Un numeroso grupo de católicos
irlandeses-romanos-apostólicos
acometió con gritos insultantes
á otro grupo de herejes protestantes,
y se armó una de palos al momento
que tiraba el Nuevo Testamento.

Y dijo un malicioso israelita
al verlos sacudirse la levita:

«Allá se las entiendan como hermanas».

Unos y otros, no obstante, son cristianos.

Se murmura por Vitoria que en el jardín de cierta
comunidad de religiosas ha estallado un barreno ma-
tando á tres de ellas, á las que se dió sepultura en el
mismo jardín.

¡Barrenos en conventos de monjas y que ocasionan
tres cadáveres! No lo entiendo.

Es verdad que hay conventos que son verdaderas
minas para sus explotadores; pero de eso, á resultar
tres monjas muertas de un barreno.

No lo entiendo, declárome profano;
¡que me lo explique un cura vitoriano!

Según dice un periódico de Murcia se han fugado de
la casa de Misericordia de aquella ciudad, dos asiladas

que se presentaron en la Diputación provincial quejá-
ndose de los malos tratos que los daban las monjas en-
caigadas del establecimiento.

Lo que es el mimar á las criaturas en los estableci-
mientos benéficos! En cuanto se les da cuatro golpes
carinosos, ó se las quiere enseñar á pasarse sin comer,
ya se están escapando y quejándose.
¡Oh ingratitud!

¿Creeis que al cura de Ciruelas, (Guadalajara) le han
dado una silba feroz?

—Sí, creo.

—¿Y por qué lo creeis?

—Porque aun me zumban los oídos después de escu-
charla.

—¿Ese cura tiene ama?

—Pregunta inoportuna.

—Muy bien; vamos á otra cosa. Si el ama de un sa-
cerdote tiene hijos ¿de quien serán?

De su padre.

—A otro asunto. ¿Para qué se han fundado las *instituciones*

Para nutrir á los niños abandonados por sus padres.

—Anda, non Dios, rapaz, que sabes más que un cura
con cinco de familia advenicia.

Que cómo dijo un *pater* allá en Trento
es familia que viene por Adviento.

Un periódico de Valencia ha abierto una espe-
cie de concurso para averiguar el medio de hacer la
verdadera unión de los católicos. Y le escribe un tal
Pizcueta de Teruel:

«El medio más fácil y practico para la unión es, en
mi concepto, suprimir por medio de real orden todos
los periódicos y revistas».

¡Requete bien!

Y luego quemar todos los libros y borrar todas las
inscripciones de estatuas y lápidas.

Y luego ponerles unas albardas al ciudadano Pizcueta
y sus preopinantes.

Y ¡jarre, carcunda!

Ha n prelo en Tarragona á un ciudadano
que vestido de fraile franciscano
se echaba á poptular de casa en casa
sacando una colecta nada escasa.
Pero, según después se ha averiguado,
el prójimo no es fraile, y si casado
con mujer y tres hijos; criaturas
no obstante sus frailescas vestiduras.
¡Andan por esos pueblos y cortijos
tantos que usan sayal y tienen hijos!

Hemos recibido un programa de las funciones reli-
giosas que han de celebrarse en Huelva en honor de la
virgen de los Remedios.

Nos ha extrañado que, según el cartel, contribuyan
á costearlas algunos jornaleros.

Si lo son auténticos, buena falta les hace que la vir-
gen les remedie el hambre que padecen.

Pero deberían empezar por remediarse á sí mismos
con esos cuartos que van á gastar.

Más vale pájaro en mano...

¿Que las *hermanitas* de los pobres tienen en Quintanar
un edificio que ha costado al pueblo doce mil du-
ros? Bueno y ¿por qué se lo han regalado?

¿Que si tratan bien ó mal á los asilados, si asisten á
los entierros de los ricos y no á los de los pobres? Pues
por eso precisamente no van á estar, porque como ellas
son *hermanitas* de los pobres, entre hermanos no hay
cumplimientos y se excusan la asistencia.

Hubo en la localidad
de Masquefa (Barcelona),
una feroz tempestad,
y el sacris, buena persona,
blandiendo cuerda y badajo
y tocando la campana
con la intención más cristiana
una exhalación se atrajo.

En este caso se ve
lo que prueba la experiencia
que reñida con la ciencia
no salva nunca la fe.

En Bilbao vive una señora que ocupó elevadísima po-
sición y se distinguió por sus frecuentes y cuantiosos do-
nativos á los jesuitas.

Hoy se ve reducida á la miseria y ¡oh gratitud igna-
ciana! los *loyolas* se dignan enviarle la ropa del con-
vento para que ella y una hija suya la planchee y se ga-
nen un pedazo de pan.

Probablemente trabajarán más barato que cualquier
otra planchadora, por que sinó sería inconcebible ese
rasgo de magnanimidad jesuítica.

ADVERTENCIA

Por una errata de caja apareció EL MOTIN
anterior con el número 39, debiendo ser el 36.

Lo advertimos á nuestros lectores, aun cuando
ya habrán comprendido á qué se debe la falta.

Imprenta, Plaza del Dos de Mayo, 4.